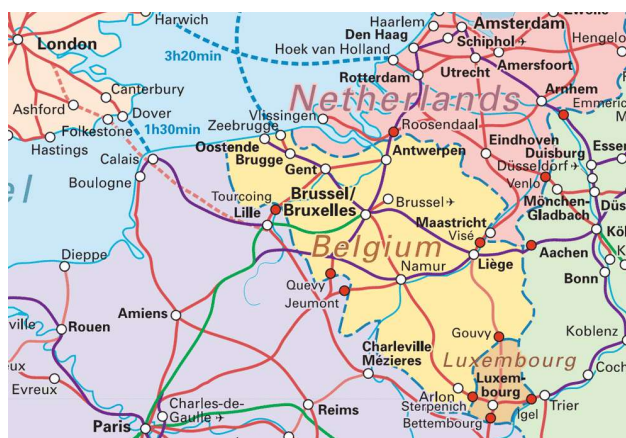


Bélgica. 24 al 27 de abril, 2009.

Un gran regalo de cumpleaños: un viaje a Bélgica por cuatro días con Fer. Las ciudades elegidas: Bruselas, Amberes y Brujas. Bruselas porque ahí llegaba el tren, Amberes por el museo de Plantin, y Brujas, porque por algún motivo, como argentinos, siempre escuchamos hablar bien de ese lugar.

La preparación, casi nula. Salvo por las reservas de los hostales, lo demás, a improvisar un poco. El TGV, esos trenes que pueden ir a unos 300 km/h (aunque el récord fue en el 2007, y fue de más de 500km/h, pero sin gente), en una hora y veinte nos dejó en Bruselas. Como que no se siente nada. Si no fuera por los mensajes que empiezan a llegar a todos los teléfonos celulares del vagón, avisando que se está pasando una frontera (y por lo tanto, cambiando de proveedores del servicio), nada. Pero sí, abandonamos una República para entrar a un Reino. Vaya, suelo de reyes, otros idiomas y otras historias, ahí no más.

La lista de "qué conocemos de Bélgica" no era demasiado larga: Jean Claude van Damme, el Congo belga, el chocolate, la sede institucional de la Unión Europea... De historia algo más. Algo así como que: por algún arreglo matrimonial, de herencias y sucesiones, los Países Bajos pasaron a manos españolas. Con Felipe II, por allá por la década de 1560, la cosa se pudrió tras el intento de la corona de imponer tributos y tribunales inquisitoriales a las



independientes y pujantes ciudades comerciales de la zona. Ciudades cuyos habitantes encima habían encontrado en las doctrinas de la Reforma ideas más acordes a sus actividades y mentalidades.

Entonces, se desatan revueltas contra la presencia extranjera, estalla la furia iconoclasta en el verano de 1566 y la ola de destrucciones a iglesias se propaga por todos lados... Finalmente, las Provincias del Norte, es decir, los Países Bajos u Holanda (aunque eran más provincias, la más importante impuso su nombre al resto) se independizan. Ahí entran la guerra de los 80 años, incluyendo la de los 30, hasta mitad del siglo XVII.

Por otro lado, las Provincias del Sur, es decir, Bélgica, quedan dependiendo de España, con mucha presencia militar, el Duque de Alba con los soldados mercenarios alemanes e italianos, las fuerzas de ocupación. Por esa presencia ibérica, se explicaba el vínculo con Christophe Plantin, el impresor humanista de la ciudad de Amberes, que terminó trabajando para el imperio español. Él logró hacerse del monopolio de la producción de Biblias y todo el material litúrgico que necesitaron los muy católicos reyes españoles para sus iglesias. En definitiva, sí, sí, todo en el siglo XVI...

Y de Brujas, lo que sabíamos es que había tenido su auge en la Edad Media como puerto, y...que habíamos visto el fin de semana anterior una película filmada ahí, muy delirante y entretenida (In Bruges, 2008). Eso era todo.

Entonces, listo, viernes a la mañana llegamos a la estación de Bruselas con el plan de dejar las cosas en el hotel y salir a caminar. El metro muy limpio, o quizás no

tan roñoso como el de París. Inevitable empezar a comparar.

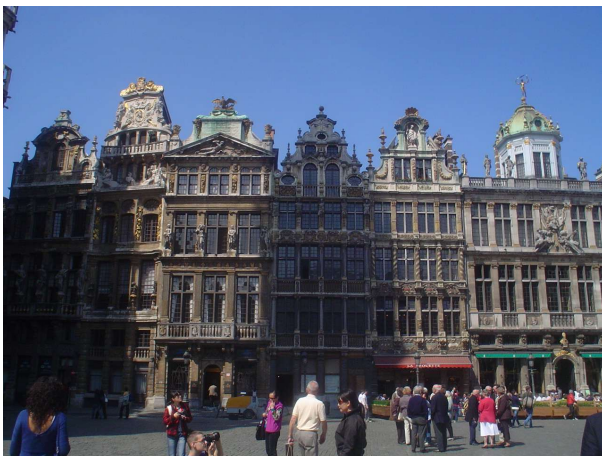
Nos bajamos en el Jardín Botánico, que como siempre, el mapa que teníamos sostenía que es el más grande de Europa. No le creímos... Al fondo se veían edificios modernos, de vidrio y formas redondeadas algunos, y más cuadradotes y poco interesantes otros. Caminar por unas callecitas, cruzarnos con un tranvía, un par de iglesias, y dejar los bolsos en unos lockers hasta que pudiéramos entrar a la habitación.

Buscamos los carteles que indicaran "centro" y una flecha para algún, para dejar la zona moderna y genérica, y meternos por la parte más antigua. Los nombres de las calles aparecen en dos idiomas, francés y algo más: un alemán deformado, flamenco, el holandés hablado por los belgas de esta parte...

Pasamos por una columna alta, con el rey Leopoldo ahí arriba, dos leones abajo y una lámpara votiva, por el soldado desconocido de la primera o segunda guerra mundial. ¡Claro! el rey Leopoldo, desde la década de 1831. Y de ahí Leopoldville, el antiguo nombre de Kinshasa, cuando la República Democrática del Congo era el Congo belga... pero no, eso fue por su hijo Leopoldo II, la ciudad africana se fundó después... Bueno, sí, Leopold.

Seguimos, y localizamos una gran iglesia que se asoma entre los edificios. Vamos para allá, y entramos. La iglesia resulta ser la Catedral San Miguel y Santa Gúdula (?!), muy gótica onda Notre Dame, también con dos torres al costado, esas que parecen sin terminar. Adentro es enorme y super iluminada, con algunas obras de arte modernas...raro. Pero no nos detenemos, de alguna manera ya vimos muchas iglesias, y sólo algunas veces resultan sorprendentes.

Avanzar un poco más por alguna calle, y ya aparece una placita con bares y gente en las "terrazas" (aunque en realidad no es más que la simple "vereda"), tomando algo o comiendo, olor a papa frita en el aire. Concentración de cámaras y gritos, turistas, sí, debemos estar por el camino indicado. Y finalmente llegamos a la Gran Plaza... !!!! ¡espectacular, increíble! nos encantó, más que cualquier otra plaza. ¡Ubicada en el número 1 total! Es un espacio no tan grande como otras plazas, y quizás eso sea parte de lo que resulta tan especial. Todos los edificios que la rodean son hermosos, decorados con animales, bustos y cartelones, unos cuatro pisos con tres, cuatro o más ventanales. Coronándolos, estatuas que refieren a la actividad de los gremios o los santos patronos. Alguna vez esos gremios fueron los propietarios de los edificios. El ayuntamiento, varias banderas (además de la bandera de Bélgica y la de la Unión Europea, una por la ciudad y otras por la región, y hasta alguna más también), barcitos y gente paseando. El piso está adoquinado y algunos retratistas y paisajistas están instalados por algunas partes.



Muchos edificios muestran un "1698" en sus frentes, entre dorados y decorados, y uno no se cansa de darle vueltas y sentirse en un gran decorado que en verdad no lo es. O sí... bueno, al menos no lo fue durante mucho tiempo. Salimos por alguna de las calles y caminamos hacia cualquier rumbo, con la intención de perdernos un poco y ver más de la ciudad. A pocas cuerdas de esa plaza fascinante, la edificación se estandariza y moderniza. No deja de ser agradable, pero no es especial.

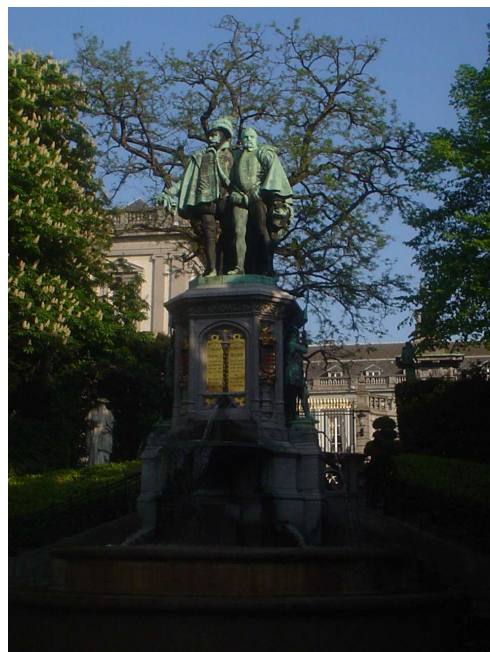
Sí, aparecen iglesias muy seguidas, algunos edificios parecen más lindos, pero en general, podríamos estar por algún lado de Berlín...tal vez, por esos lugares genéricos de las ciudades de por acá. Sí, otra vez comparando.

Por toda la ciudad hay una presencia interesante de personajes de cómics ocupando grandes murales. Fer me aclara, Rin tén tén también es belga. Así que eso le da un aire divertido a la ciudad. Tomamos algo en un bar, ¡muy porteño! de verdad, mesas de madera, ventanales, y hasta algún tango. No es nostalgia...¿o es nostalgia? Ahí nos quedamos charlando, señalando lo que nos llamó la atención (muchos árabes, por ejemplo, y casi nada de negros...extraño, considerando que fueron potencia colonial en África), viendo el mapa y el próximo destino.

Seguimos hacia el famoso niño que orina (Manneken pis), que tampoco lo tenía en Bruselas. Atractivo raro para vender una ciudad. En una esquina se concentra gente con cámaras de super lentes, orientales divertidos apuntando a una estatuita pequeña de un nene enrollado haciendo pis con un brazo en jarra y el otro sosteniendo la fuente emisora de líquido, para que apunte a la otra fuente. Lo más notable del asunto es que parece que hay muchas leyendas que explican el significado de tal acto, y que todo eso se puede remontar hasta el año 1100. La escultura en sí es de 1619, y muchas veces se la robaron. También parece que tiene una asociación de amigos del "pequeño hombre que orina", que se dedica a vestirlo según algún calendario. También hay réplicas por varias ciudades, además de las réplicas de sacacorchos, las más famosas, por lejos...

Dejamos atrás a la criatura, y vamos hacia una zona de bares, supuestamente muy interesante. No resultó tan interesante, sino más bien una parte elegante y cheta de la ciudad, pero por suerte ahí no más hay un parque que también pasó a estar bien alto en el ranking de atractivos del lugar.

Se trata del Jardín de Egmont y Horne, los dos nobles que se le plantaron a los españoles y que el Duque de Alba finalmente los decapitó en 1568. Es una placita frente a lo que fue el palacio de Egmont, con una fuente en el medio con los dos rebeldes, rodeada de otras estatuas que no llegamos a ver porque nos sentamos cómodamente y a los 10 minutos nos vinieron a decir que había que irse porque cerraban el parque. Sí, eran las 18hs, pero al menos pudimos ver esa estatua de los dos amigotes, respirar un poco la tranquilidad del lugar y juntar fuerzas para seguir. Esta estatua quedará agrupada bajo mi rótulo de "estatuas de amigos", junto a la de Marx y Engels en Berlín, y la del Quijote y Sancho Panza, en Madrid.



Avanzamos hasta una especie de gran terraza, con una vista sobre la ciudad. Pasamos junto a otro monumento por los caídos en la primera y segunda guerra. Bélgica siempre fue un campo de batallas. Por ejemplo, a 15 km de Bruselas está Waterloo, pero no vamos a ir, quizás otra vez.

Desde ahí vimos a lo lejos la molécula de Hierro que hicieron para la exposición

de 1958, a la que al final no llegamos a ver de cerca. También sobresalía una gran iglesia (la basílica del sagrado corazón) que tampoco vimos de cerca. De ahí, bajamos por una especie de ascensor público que nos dejó en una placita muy linda. Ya nos fuimos haciendo la idea de los horarios en este país, todo empezaba a calmarse, la gente cenando con el sol primaveral del hemisferio norte sobre los platos, y uno con ganas de tomarse un café con leche con medialunas...

Decidimos ir para el otro lado, a ver qué hay por esa parte del mapa. Pasamos por la casa de Breughel, por algunas construcciones antiguas, por pedazos de la antigua muralla, y restos de torreones empotrados entre edificios más nuevos. Más parques, más calles bonitas, cúpulas raras cada tanto, edificios del 1700, una vuelta más y todo parece empezar a cerrar.

Entonces, volvemos para el lado del hotel, caminando por una calle muy comercial, de día, y muy vacía y llena de bolsas de plástico tiradas por todos lados, de "noche". El plan para el sábado: Amberes.

Amberes:

Excursión de un día. Objetivo principal: el museo de Plantin-Moretus. Listo. Bruselas tiene tres estaciones de trenes, la del Sur, Centro y Norte, y todos los trenes paran en las tres. Así que fuimos hasta la del norte, la más cercana al hostel, y nos tomamos el trencito para Amberes. Menos de una hora de viaje, repleto de gente, fin de semana, precios más económicos... y llegamos.

La estación está buenísima, esas estructuras metálicas vidriadas, con un super reloj en el medio. La oficina de turismo ahí no más, conseguimos un mapa y las indicaciones al centro y al museo. Hay una avenida principal que conecta la estación con el centro, como suele ocurrir en las ciudades alemanas. Esa avenida es super comercial y tiene mezclados edificios antiguos, cúpulas y estatuas con marcas de ropa y de cadenas de comidas. Otro dato que sabíamos de Amberes es que actualmente es un centro del negocio de los diamantes. Así que, por simple curiosidad, nos acercamos a vidrieras absurdas con pulseras y anillos que ostentan unos números con muchos dígitos. Sí, Bélgica es una zona muy rica en el planeta Tierra.

Llegando al centro, a la gran plaza central, empiezan a aparecer más edificios antiguos. ¿Lo más extraño de la plaza? la estatua que está en el medio: como una montaña coronada por un tipo que está revoleando... una mano! de la que sale un chorro de agua.



Más abajo, una figura femenina sosteniendo un barco, un poco más abajo un cuerpo sin una mano y sin cabeza, desde donde salen más chorros de agua (no, no los tiñeron de rojo) y animales medio fantásticos mirando todo el conjunto. La fuente está al nivel del suelo, también adoquinado como la de Bruselas, así que todo el agua cae directamente sobre el piso. Si uno quisiera podría ir a empaparse ahí, como hacen varios perritos divertidos. Después de todo es sábado, seguro que era el día que les tocaba el baño.

La historia de tan extraña fuente tiene que ver con el nombre de la ciudad.

Parece que la leyenda dice que había una especie de tipo monstruoso que cobraba peaje para pasar por el río, el Escalda, y el que no pagaba, zas, le cortaba la mano. Y al final, un soldado romano harto de semejante barbaridad, lo enfrentó y le cortó la mano y también la revoleó en el medio del río, y así terminó matando al cobrador. De ahí el nombre de la ciudad, como hand werpen (mano y arrojar), Antwerp, Anvers, Amberes...en los distintos idiomas.Una fuente de lo más zarpada y agresiva, al estilo de las esculturas de Florencia, en esa esquina llena de mutilados, agarrotados y sangrantes.

Un poco más al costado, una iglesia enorme, una de las tantas que sufrió los destrozos de la furia iconoclasta, y que seguramente también saquearon durante la furia española de 1576, cuando se amotinó el ejército español (lleno de mercenarios) y decidió cobrarse los sueldos atrasados con las riquezas de la ciudad. Y todavía en 1585, cuando se terminaron de sacar de encima a los reformados. Hasta 1648 parece que todo fue muy próspero para la ciudad. Pero a partir de ese año, cuando termina la guerra de independencia de las provincias del norte, se negocia el fin de la navegación del Escalda, y así cae la importancia comercial que tenía la ciudad. La beneficiada, Ámsterdam, un poco más allá.

Vamos hasta el río, y nos sorprende. En general, los ríos de por acá no son muy grandes ni nada espectaculares. Pero el Escalda es enorme, se ven barcotes y movimiento, la costanera es agradable y avanzamos hasta un castillo con una escultura divertida en la entrada. Es el museo de la Marina, pero está cerrado, y además, todavía no fuimos al museo Plantin. Así que paseamos un poco por ahí, hasta adentrarnos por una de las callecitas y llegar a la plaza donde se encuentra el objetivo del viaje a Amberes: la casa de Plantin-Moretus. Las maravillosas clases de Burucúa, de Historia Moderna, se me hicieron más presentes que nunca.

Empezamos el recorrido por las salas que fueron parte de la vivienda de esta dinastía de impresores, escuchamos las explicaciones de la audio guía en español, observamos el símbolo de la empresa: el compás y el lema "constancia y trabajo", y avanzamos por las salas. Espacios agradables, ricamente decorados, techos y pisos de madera, bustos de los miembros de la familia, muebles, retratos... hasta que llegamos a las salas más interesantes... El negocio de la librería, que daba a la calle, con estanterías llenas de libros, un mostrador, una pared de vidrios que separaba la parte de la oficina del negocio. En un cuartito hay un video ambientado que va explicando todo el proceso de la producción de los libros, desde los manuscritos, el armado de los tipos, las pruebas, las correcciones, la impresión, el encuadernado, la venta... La creación de los caracteres, la fundición... es un video fantástico que provoca irresistibles ganas de seguir avanzando por las salas.

Así que pasamos a otro cuarto medio vacío donde hay una imprenta y algunas cajas: son salas para excursiones y juegos para los chicos, pareciera. Todo está decorado con dibujos que van mostrando cómo se veían las oficinas de imprenta en otra época.

La primera de las salas más impresionantes, que son a mi gusto las que se extienden a lo largo de una de las alas de la casa, es la sala de los correctores. Ni bien se entra, a la izquierda, junto a un ventanal, hay una mesa enorme con unos bancos y unos cajones. Lo habíamos visto en el video: ahí se sentaban a corregir las hojas que habían impreso en la otra parte de la casa, y que se las llevaban hasta ahí. La mesa grande era para poder mover los folios que estaban sin cortar, y después de corregir todo, guardaban las hojas en los cajones de abajo de la mesa, todo sumamente ordenado y sistematizado. En la sala había además una chimenea y armarios llenos de libros antiguos, con sus lomos de cuero, y toda una atmósfera de concentración y trabajo metódico. En un retrato, el yerno de Christophe, Raphelengius, otro personaje super activo de la época, que hizo el primer diccionario holandés (en 1563), introdujo

el estudio del árabe en toda la zona, y finalmente instaló en Leiden la sucursal de la oficina.

La siguiente sala era la oficina de Christophe Plantin. Hacía calor ahí adentro, un cuarto más bien pequeño y acogedor. Las paredes estaban hechas en cuero, el "guadamecí" español, con grabados y decoraciones. ¡Por eso estaba calentito el ambiente! Una balanza y un cofre reflejaban el aspecto más mundano de toda la empresa. Un escritorio muy alto me hizo acordar al que hay en el museo de la casa de Victor Hugo, ¿es que escribían parados?

A ésta, le sigue una sala llamada Justus Lipsius. ¡El nombre de la calle que estaba a dos cuadras de nuestra casa de Dresden! Bueno, otro personaje del mundo humanista en el que la imprenta de Plantin jugó un rol tan importante. El hombre era amigo de la familia, y tenía, pareciera, su propia oficina. Un cuadro de Rubens y una escultura de Séneca, y más paredes de cuero. Sí, Rubens también trabajó en la imprenta haciendo grabados para las portadas. Era también vecino de Amberes.

Otra sala llena de estantes con cajas y etiquetas... ¡los tipos que creó, compró, y almacenó la imprenta a lo largo de los años! Más de diez toneladas de plomo, más de 90 cajas...uuuuffff...y más de esos datos alucinantes hasta llegar a la sala más emocionante de todas, ¡el taller donde estaban las imprentas! Y están ahí, como si recién se hubieran ido los trabajadores...bueno, no, en realidad se ve perfecta, limpia, brillante...



Me imagino que esos espacios debían ser un lío de aquellos, olor a tinta y sudor, lámparas de aceite, los ruidos de las imprentas de madera, las prensas y esos tornillos mal engrasados, las discusiones entre los trabajadores... Según el librito del museo, hacia 1575 Plantin tenía 16 prensas y había unos 56 empleados. Por día se podían llegar a imprimir 1250 folios de los dos lados... Realmente una buena parte de la actividad de la ciudad

se concentró en el edificio que estábamos recorriendo, parece desmesurado, pero así parecen ser las cosas, constancia y trabajo, se decía Plantin. Hay dos imprentas contra la pared del fondo que, según aseguran, son las más antiguas que existen. !...

El museo sigue por el otro piso, con más lujo, más barroco, más libros religiosos... Es que los herederos de Christophe lentamente se fueron volcando al seguro negocio de imprimir obras religiosas, y así se enriquecieron y se concentraron en decorar la casa y ubicarse en buenas posiciones sociales. Al final, abandonaron la amplitud mental del fundador, que se había dedicado a publicar una variedad increíble de trabajos, especialmente de ciencia y de filosofía. A pesar de concentrarse en tratados religiosos y de poco vuelo intelectual, parece que los sucesores mantuvieron la calidad de los grabados y las terminaciones de las publicaciones, con lo cual eso siguió siendo el sello de la empresa.

Pero ya en el siglo XVIII los herederos fueron acogidos por la nobleza, recibieron algún título o algo así, y decididamente dejaron de lado todo lo que era la imprenta. Recién en 1875 el heredero del momento decide venderle todo a la ciudad de Amberes, y ahí comienza la historia del museo.

Cuando salimos del museo nos sentimos de vuelta de un viaje en la máquina del tiempo. Imaginamos a todos esos personajes circulando por las mismas calles que estábamos caminando, cruzando las mismas plazas, viendo los mismos frentes de los edificios, escuchando las mismas campanadas de las iglesias, respirando el aire fresco del Escalda...

Seguimos dando vueltas, pasando por la casa de Rubens, imaginando un trayecto posible del pintor hacia la casa de sus amigos de la imprenta, llevando bajo el brazo alguna de sus obras. Es sábado y está repleto de gente, pero igual no es tan fácil volver a ubicarse en el 2009.

Nos quedamos un poco más en la ciudad, caminamos tranquilos bordeando el río hasta una parte un poco más alejada. Es un barrio, en el agua. Barcos de todos los tamaños descansan en los muelles, hay gente sentada en esas terrazas, tomando algo, charlando... ¿será común tener un "barco de fin de semana" en estas tierras? ¿o es gente que vive ahí? Me parece fascinante. El mapa muestra que hay varios de estos muelles, pero nos quedamos en el más cercano, junto a una construcción nueva que va a officiar de...ni idea, un cubo enorme medio feo de vidrio y algo de metal. Algo similar recuerdo de La Coruña...Sí, al final nos decidimos por uno de los barcos ahí anclados: la próxima vez apareceremos por Puerto Madero a bordo de uno de esos...

Volvimos a la estación de tren caminando por la parte no turística, aunque todo se veía bien y lindo. Otra vez en Bruselas, y mis sospechas de que todos los recuerdos de estas ciudades se iban a mezclar en mi mente, quedan confirmadas.

Paseamos un poco más, buscando algún lugar para comer, pasando otra vez por la maravillosa plaza central, y agotados, volvemos al hostel. Al día siguiente, Brujas.

Brujas:

Ya me parecía que el clima estaba siendo demasiado bueno para ser...Europa. No, bueno, para estar tan al norte, al menos. El día amaneció nublado, frío y con lluvia. Así llegamos otra vez a la estación del norte, compramos los pasajes para volver el lunes a la noche, y nos tomamos un lindo y cómodo tren hacia Brujas. En el camino pasamos por Gante, también quedará para la próxima vez, cuando vayamos a Waterloo, quizás.

En la estación de tren compramos el mapa con la guía en español y nos informamos cómo llegar al centro...faltaba el "sigan a la torre aquella", como para dudar. Así ingresamos a la pequeña ciudad por una de las calles principales, esas que están llenas de negocios de marcas conocidas, gente y movimiento. Pasamos junto a una torre de una iglesia imponente, como si fuera una construcción inexpugnable, más propia de un castillo que de una catedral, pero no entramos. La idea era llegar al hotel, dejar las mochilas y seguir recorriendo la ciudad.

Claro que en el trayecto hasta el hotel vimos la mitad de la ciudad, que tampoco es tan grande. Así pasamos por las dos plazas más importantes, no sé si una será la principal, pero como que están cerca y cada una tiene un carácter bien distinto. Pero estábamos molestos cargando los bolsos, preguntándonos para qué habíamos llevado tantas cosas "por las dudas", y al mismo tiempo fascinados con esas calles, esas construcciones, esa sensación de estar en otro tiempo.

El hotel nos pareció agradable. Dejamos las mochilas, armamos otra más pequeña, y salimos a comer algo. Otra vez comprobamos que en Bélgica es más barato tomar un vaso de cerveza que un vaso de sprite, y que todo es más barato que en París. Así, una vez repuestos, seguimos por las callejuelas, bordeando canales, cruzando plazoletas, encontrándonos con esculturas modernas inmiscuidas en ese mundo de otra época.

La guía que habíamos comprado en la estación estaba bien organizada en

cuatro trayectos, así que simplemente seguimos uno de esos, cruzándonos con más y más turistas, edificios de ladrillo, barquitos, carruajes empujados por caballos que trotaban entre las calles adoquinadas, la llovizna y el gris. Pero como se supone que en abril es primavera, todo estaba verde y florecido.

El apogeo de Brujas fue en los siglos XIV y XV, pero siguió bastante bien hasta el XVI. Funcionaba como la puerta de acceso de las mercaderías que venían de Inglaterra, España, la liga hanseática y otros lugares como Venecia: lana, pescado y granos. Gracias a que un par de nobles fijaron la residencia en Brujas como para poder revolotearle alrededor a un duque que también se había instalado ahí, la ciudad se llenó de artistas y proyectos edilicios. Eso parece haber sido el motor de varias ciudades, las pequeñas cortes y los ricos que iban a invertir en casas, calles, obras de beneficencia, arte, espectáculos... En buena medida, en Brujas todo eso es lo que se mantuvo casi intacto hasta hoy, y todo por los designios de la geografía, especialmente.

Porque en realidad, la ciudad no da al mar. Está como metida unos kilómetros tierra adentro, y siempre tuvo un canal hasta la desembocadura. Resulta que a principios del siglo XVI, un banco de arena fue creciendo cerca de la entrada del mar, y terminó finalmente tapando el canal. Con lo cual, para mitad del siglo XVI, Brujas no sirvió de mucho más.

Fue así como por obra de la Naturaleza la ciudad no pudo seguir ocupando el lugar que tenía hasta ese momento como centro del comercio y las artes. Todo pasó a Amberes y después, ya en el XVII, finalmente pasó a Amsterdam (pero ya más por cuestiones políticas que por caprichos de la arena y las corrientes marinas). Así que Brujas quedó en las sombras.

Claro, tampoco es que quedó abandonada. Incluso hubo personajes importantes que siguieron instalando sus cortes ahí, dándole más destellos de grandeza a la marchita ciudad. Pero en definitiva, Brujas mantuvo un perfil bajo hasta el año 1892. ¿Y qué fue lo que pasó? Un tal Georges Rodenbach escribió una novela un tanto oscura y decadente ambientada ahí (Bruges-la-morte), que fue un éxito. En plena Belle Epoque, se debe haber convertido en un destino curioso y fascinante para los ricos, y así, volvió a florecer gracias a la naciente industria sin chimeneas.



Y pareciera que desde la peli del 2008 (In Bruges) se va a dar un fenómeno similar. Desde ya que no va a estar compuesto por elegantes personajes adinerados y bohemios como a fines del XIX...

Pasamos por una de las plazas y nos acercamos a una esquina, donde hay una iglesia gris, muy llamativa, casi como desprendida de otro edificio. En realidad son dos, la iglesia románica de San Basilio y la que está más arriba resulta ser la de la "sagrada sangre". Con toda la suerte, llegamos justo a la hora en que el público puede acercarse al tubo de vidrio que contiene otro tubito más, con la dichosa sangre. Un religioso la cuida, sobre un almohadón y un trapito que le pasa después del contacto con los transpirados y besuqueros feligreses. La gente va subiendo por una escalerita, se santigua, toca el tubo de vidrio, y baja. Nos hubiéramos acercado de pura curiosidad, pero no lo hicimos y nos contentamos con el espectáculo,

respetuosamente a la distancia. La iglesia tiene un techo de madera que asemeja a un barco dado vuelta, o lo que me imagino que podría ser un barco así. Es muy luminosa y bella, con un púlpito que parece un mundo.

Salimos, y nos dirigimos al edificio contiguo. Es el Ayuntamiento de la ciudad, y también funciona como museo. Así que otra audioguía en español con acento de algún lugar de España, y a escuchar las historias frente a cuadros enormes que representan a distintos gobernantes que administraron Brujas, jjjoder. Y en la parte de arriba, una sala enorme con pinturas más cercanas a los cómics de Marvel que a lo que uno esperaría en estos edificios oficiales. Alguna larga historia que no retuve explicaba el significado de esos murales, y así terminamos la corta visita al museo.

Fuimos hasta la otra plaza y en una bella y bien turística esquina entramos a tomar un café. Resultó ser el "meridiano 3", en... el meridiano 3. Y de hecho, el edificio tiene en el techo una bocha de metal, que cumplió una misión especial. Según el mismo menú nos informó, cuando se empezó a implementar el tren como medio de transporte, durante mucho tiempo fue un problema el tema del horario. Así que decidieron que había que resolver la incerteza, y sincronizar los relojes de Bélgica. ¿Cómo lo hicieron? midiendo y marcando el momento exacto en que todos tenían que decir "ahora". Y para eso instalaron esa bocha, y una línea en la plaza, y así determinaron que serían las 12 del mediodía, cuando el sol pasara por un pequeño orificio de la bocha, y su rayo se extendiera a lo largo de esa línea. Y así pusieron en hora los relojes. (De todos modos, yo no creo nada de esto, porque con la falta de sol que hay por estas latitudes, no hubieran podido volverse puntuales jamás).

De ahí seguimos por otra calle, bordeando canales, pasando por puentes, observando las construcciones, la gente, la atmósfera. Llegamos hasta un edificio enorme y entramos. En el apogeo de la ciudad, y durante mucho tiempo también, funcionó ahí el hospital de San Juan atendido por religiosas. Ahora hay un museo que muestra cómo era la vida ahí, con más audioguías y unas pinturas interesantísimas que representan las filas de camas, las carretillas con enfermos, y cómo era todo el sistema en funcionamiento.

Salimos y dimos más vueltas, las calles se habían empezado a repetir desde hacía un rato. Definitivamente Brujas es pequeña y hermosa. Nos metemos por otra parte que nos lleva hasta un "beaterio". Es una especie de barrio cerrado donde vivieron beatas, que en esta zona les decían "beguinas". Algo así como monjas. En Ámsterdam había visto otro de estos, mucho más chiquito y compacto. El de Brujas parece más grande, pero igual de tranquilo y apartado. Estamos en algún borde de la ciudad, un canal más ancho con una torre en el fondo, y la presencia de casas más espaciadas así parece indicarlo.



■ Damos una vuelta y nos volvemos a meter por las callejuelas. Todavía es temprano para comer, pero todo está calmándose, los negocios cierran sus persianas, y decidimos meternos en un bar para ver algún partido. Bar con televisores, cartelitos de neón y cerveza. No sé qué vimos, pero estuvo bien. Y finalmente sí, a buscar un lugar para cenar.

Creo que era algo turco, al turismo gastronómico no le pegamos ni en el poste. Entonces sí, volver al hotel, caminando por la ciudad de noche, en extremo tranquila (claro que era domingo), imaginando lo embole que podría resultar vivir en un lugar así, y al mismo tiempo lo relajado y bello. Hasta que llegamos al hotel e hicimos el check in, a eso de las 23 hs.

Al día siguiente la lluviecita casi que no aflojó en ningún momento. El plan era seguir otro de los recorridos, uno más externo, que daba una vuelta por varios molinos. Así que nos fuimos metiendo por calles menos turísticas que las de alrededor de las dos plazas centrales, y llegamos al borde de Brujas. La ciudad está como recortada por un canal periférico, con una serie de molinos desplegados sobre los márgenes. Del otro lado del canal se ven negocios más normales, como supermercados con carteles de supermercado y no esos negocios con decoraciones en piedra o letreros de lata.

Caminamos bordeando el canal, y la zona es fantástica. Nos quedamos mirando un ave negra pescando, un gran show. Entramos por otra calle, más vueltas, más casas de ladrillos, y nos acercamos al centro. Es lunes, y se nota el movimiento, tampoco llega a ser nada impresionante, pero hay más gente andando en bicicleta, gente que parece apurada y todo, por ejemplo.



Más tarde nos subimos a una de las lanchas que hacen el recorrido por los canales. Los tipos que las manejan repiten el mismo discurso en inglés, francés, alemán y holandés, como si fueran una cinta grabada. Pasamos por todos los lugares que habíamos llegado a pie, pero por agua. El recorrido es muy lindo, aunque cortito.

Después de tomar cafecitos acá y allá, volvimos al hotel, buscamos los bolsos y nos despedimos de Brujas. La próxima, nos prometemos hacer un paseo en bici hasta el mar, bordeando el canal.

En Bruselas nos queda un rato para esperar el tren. Hay una especie de patio de comidas en la estación, y como todo alrededor está cerrado, nos acomodamos ahí. Finalmente nos subimos al TGV y en una hora y monedas estamos de vuelta en París, agotados y felices.

